

LA CRESTA DE JAIME

Así una noche tras otra desde hace casi un año. Su madre trata de mediar entre los dos, pero el portazo será inevitable. La cena comienza en silencio. Jaime, la cabeza baja, escarba en el plato como el que busca pepitas de oro. La madre lo mira de reojo, pero no dice nada. No quiere tentar a la suerte provocando la primera discusión, que luego se encadenará con una segunda y otra más, hasta terminar en el portazo como punto final a otra cena inacabada. Ensayo un comentario inofensivo. El estruendo del silencio le taladra los oídos.

— ¿Qué tal el nuevo profe de gimnasia? Parece muy joven, ¿no?

La pequeña, con expresión de entusiasmo, y aprovechando la oportunidad que le da su madre, abre la boca con la intención de dar su opinión sobre el profe, pero Jaime interviene sin darle tiempo a pronunciar palabra.

—Otro gilipollas más para la colección —suelta la bomba.

En ese momento, la madre sabe que se ha terminado la paz. Y la cena.

El padre tira el tenedor sobre el plato y comienza su inútil perorata sobre el respeto a los profesores y el “¿qué os enseñan en el colegio?”. La abuela huye a la cocina. La pequeña se hace invisible en la silla. Las voces suben de tono y se suceden una tras otra las mismas frases que ya nadie escucha. Y el final: Jaime arrastra la silla, Jaime no cena, Jaime se va a su habitación. Portazo.

Y así una noche tras otra. Desde hace casi una año.

Aún no ha cumplido los catorce y ya actúa por su cuenta. Jaime ha decidido el sitio que quiere ocupar en este mundo y el modo de ocuparlo y defiende esta decisión contra viento y marea. Su mayoría de edad —la que él ha resuelto que es su mayoría de edad— la celebra una fresca mañana de primavera, a punto de cumplir los catorce.

El autobús está aparcado en la puerta del colegio. Son las seis y media de la mañana y está todo listo para emprender el viaje que llevará a Jaime, y a toda su clase, a un pequeño pueblo de Francia. No en balde estudia en un colegio francés.

Ese es el momento que él ha elegido para dar el golpe de efecto que, indudablemente, conseguirá. Aparece luciendo una sonrisa triunfal y toda la cabeza rapada excepto una cresta que la divide en dos mitades perfectamente simétricas. Todo su espeso pelo negro ha pasado a mejor vida. Viste una cazadora verde y, en la muñeca izquierda, una pulsera negra con pinchos de acero.

Allí se encuentran todos sus compañeros de curso, prácticamente todos los padres y madres que, por ser hora tan temprana, han ido a acompañar a los hijos que, habitualmente, ya no llevan ni traen del colegio. También están los profesores que forman parte de la expedición. Jaime ha hecho lo posible para ser los últimos en llegar. Para que estuvieran todos presentes. En la puerta del colegio, de su cárcel, de su encierro obligado, ha congregado a su público. Cuando baja del coche, de unos padres que todavía reflejan el espanto en la cara, se hace el silencio.

Y así es como sale a la luz el calvario de esa familia, comenzado meses atrás.

—Ya nos veis a nosotros, lo normales que somos —se disculpa la encantadora abuela, muerta de vergüenza y esforzándose por comprender algo.

Porque lo esencial no es el corte de pelo, ni la cazadora, ni la pulsera, sino lo que simbolizan: su pertenencia a una banda urbana, de ideología de izquierdas, pero tan violenta y peligrosa como los grupos neonazis que cada vez abundan más en la ciudad.

Y, Jaime, aún no ha cumplido los catorce.

Del colegio francés lo acaban expulsando —incapaces de interpretar lo que seguramente deberían haber entendido— al mismo tiempo que la familia contrata a un psicólogo para que les ayude a vivir en la estupefacción permanente.

Han transcurrido cuatro años. A Jaime ya le reconoce la ley su mayoría de edad. Su padre y su madre peinan canas de ancianos sin haber llegado a los cuarenta. La abuela, enferma, ya no sale de casa. Ninguno de ellos tiene idea de por dónde anda el chico y, cada mañana, se despiertan aterrorizados, temblando ante la posibilidad de recibir una llamada

de la policía, comunicándoles que ha sido encontrado en algún descampado, destrozado a causa de una paliza de la banda enemiga que le tenía jurada venganza eterna.

El puente se rompió en algún momento hacia el final de la infancia alegre y feliz de Jaime, pero no son capaces de averiguar cuándo ni por qué.

—Y, sin embargo, ya nos veis lo normales que somos —aclara machaconamente la abuela.